

Anselm Grün



*Oración y
autoconocimiento*

Verbo Divino

Oración y autoconocimiento

Anselm Grün

Oración y
autoconocimiento

evd

Índice

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	17
1. LA ORACIÓN COMO FUENTE DE CONOCIMIENTO.	25
a) La oración impele al autoconocimiento	25
b) La oración como ayuda para el autoconocimiento	32
c) La oración como método de autoconocimiento	37
2. ORACIÓN Y COMPUNCIÓN DEL CORAZÓN	47
3. ORACIÓN Y CURACIÓN	69
CONCLUSIÓN	85

Presentación

Crisis y desorientación predominan en la situación de la conciencia actual, tanto de la individual como de la colectiva, agravada por la falta de sentido del pecado y por una autosuficiencia que soslaya cualquier confrontación seria. Sin embargo, siempre habrá grupos y almas que no querrán ser “masa”, aprendiendo con fervor las lecciones de la vida como mensajes de Dios.

Una gran lección fue la epidemia espiritual que al final de los sesenta invadió un paraíso alemán de selectos: en pocos años se salió de su abadía un grupo de monjes, y no precisamente de viejos cansados o de jóvenes desengañados, sino de los ya curtidos. Con valiente sinceridad y lealtad heroica analizaron abiertamente tan lacerante realidad, siendo esta humildad ejemplar la gran verdad liberadora, hito providencial de una nueva era. Al estudiar todo a fondo sin secretismos, y más allá del análisis de la “crisis en la mitad de la vida” (superación madurada de lo que nos dejó F. Künkel en *El consejo psicológico en los momentos cruciales de la vida*), nacería de su entraña un foco espiritual que irradiaría su luz sobre los miles de almas que en

tantos años “reconquistaron” a su sombra sus vidas. Valga este recuerdo al ofrecer hoy el primer cuaderno de una serie que el padre Anselm Grün fundó, y quede aquí también nuestra gratitud al admirar la labor que él y sus colaboradores realizan en la casa de retiro espiritual de la abadía de Münsterschwarzach al regalarnos la ciencia y madurez de su experiencia en los innumerables trabajos publicados, no siendo el menor mérito los 131 números con que cuenta ya la colección indicada.

Aunque el padre Grün es ya más que conocido por sus muchas y valiosas publicaciones, aún no se conocían en castellano las primicias de la colección apuntada. Al publicarse hoy aquellos comienzos, no puede uno hurtarse al fervor de entonces, ni al celo y entusiasmo de siempre. Y es que estos sentimientos hacen degustar de nuevo aquella como “primera piedra”, resonando su contagio en un mensaje personal que providencialmente puede despertar en algún lector, como un eco, el ansia de un “empezar” de nuevo. Éste es el pensamiento y el deseo que quiere transmitir esta “presentación”.

El padre Grün comenzó por lo que él vivía, convencido de lo que es y siempre fue lo más decisivo y trascendental: la *oración*. Escogió como fuente el

tesoro espiritual y el gran acervo psicológico de los primeros monjes y de la tradición, empalmando esto con lo moderno más “aprovechable”.

Junto a la *oración*, el padre Grün puso el *autococimiento*. Y es que el “*nosce teipsum*” formula ese deseo íntimo del hombre, siempre antiguo y siempre nuevo, de saber cuanto él atesora para hacerlo fructificar. La fe le llevará luego a buscar las huellas de Dios en su alma para hundir su vida profundamente en Él y volver luego sobre sí para realizar Su imagen.

He aquí un trabajo breve y documentado. Las voces autorizadas sirven no sólo para confirmar la altura científica del libro y prestar solidez a la doctrina, sino que pretenden, además, con su abundancia, reforzar esa –a veces hasta insignificante e imperceptible– novedad que cada repetición entraña. Esto, que a tantos repele, es lo que a tantos otros fascina, conscientes de que la repetición típica del método reiterativo, lealmente seguido y fielmente practicado, les llevará, más que al claro convencimiento que puede dar una argumentación breve y contundente, a esa actitud interior de la entrega paulatina e incondicional del corazón, transformado poco a poco porque se dejó caer como hoja al viento en las manos de Dios, gracias a los “miniempujoncitos” que

reiterada e imperceptiblemente la Providencia le dio...

Tienes, pues, lector, en tus manos un libro breve, pero muy denso y difícil: encierra todo un programa de vida, con innumerables alternativas. Si buscas una lectura un tanto amena y facilona, notarás enseguida cierta aversión, al percartarte de que aquí hay algo que no te va. Algunos párrafos no te convencerán y otros te parecerán inútiles, incluso molestos, si no calas en ellos la migaja constructiva que contienen. Quizá incluso haya quien piense que algún punto es de un perfeccionismo exagerado u opine que es de una sutileza inalcanzable, no faltando “etiquetas” como “infantilismo ingenuo” y tantas otras, tras las cuales muchos querrán disculparse. Habrá quien prefiera leer y releer, repetir y meditar, hasta descubrir la energía que encierran (pese a las “etiquetas” de los omniscientes), aclarando así las “dudas”.

La palabra *monje* aparece con gran frecuencia. Habrá que distinguir si se trata del autor de un texto aducido (desde el anacoreta del desierto hasta el místico medieval) o se refiere al “monje”, al religioso consagrado. Aquí podría incluirse el “monje que hay que descubrir en sí”, del que habla Raimon Panikkar; o dicho de otro modo y subrayando el ámbito general de este estudio, la refe-

rencia alcanzaría a ese “monje” perpetuo tras el cual habría que descubrir al “hombre”*, a ese *Homo sapiens* a quien precisamente atañe siempre todo mensaje (es decir, saber “descubrirse” cada uno, independientemente del sexo, el estado, la condición), a fin de –comparando situaciones, cotejando circunstancias– poder deducir aplicaciones y sacar conclusiones para forjar principios firmes de conducta. No se trata de anécdotas históricas a conocer o de “formas” de plegaria a recordar, sino de caminos espirituales a probar y comprobar, de métodos de oración a practicar: se trata de un *vademecum*, de una “guía” de bolsillo para todos. Sólo el que piense “yo tengo las ideas muy claras y no necesito...” o “yo soy así y no puedo cambiar”, etc., ¡por favor!, que cierre y no siga: quédese esclavo de su comodidad, pereza o cobardía, o rehén de la autosuficiencia de moda. Pero si un divino descontento mínimo le empuja hacia lo alto, no habrá “excepción” ni “crudeza” que puedan sustraerle al ansia de querer “renacer”. Entonces... ¡que siga!

La primera parte exige en el fondo abdicar del “yo” petulante para ir en busca del “mí mismo”, del

* En castellano, *hombre* (*Mann*), frente a *mujer*, significa también “hombre”, “ser humano” (*Mensch*) = *Homo sapiens*, sentido en el que es aquí siempre empleado (N. del T.).

previsto y querido en el plan de Dios, pero que tal vez aún duerme en el fondo del alma.

La segunda es la más problemática, pues “lágrimas” y “llanto” aparecen con tal profusión que quizá puedan cansar, máxime si se interpreta mal la orientación, pensando que hay que buscar el llanto sin más. Ya advierte el padre Grün que, en una civilización en la que se desprecia el llanto y se proscribe la exteriorización de los sentimientos, muchas ideas parecerán actualmente incomprensibles, pero subraya la importancia de recordarlas. Y es que, en el autoconocimiento, con lo primero que tropiezo es con mi pecaminosidad; pero ahondando en mi intimidad también descubro a Dios en mí, no por disquisiciones teóricas, sino por ese encuentro que tiene lugar en el corazón, donde, al vivir el contraste de mis sombras con los destellos divinos, espontáneamente surge en él la compunción, el pesar (algo que nada tiene que ver con la tristeza, la amargura o la depresión), que rompe en llanto liberador, bien gozando del regalo de que “nada limpia y purifica tanto el alma como las lágrimas bien lloradas”, bien porque tal vez éstas sigan el camino de las más amargas, las que nunca asoman a los ojos porque se esfuman en lo más recóndito de ese “mí mismo”, se evaporan en el alma.

Pero las lágrimas dolorosas de la compunción se irán transformando poco a poco en las felices del reencuentro, surgiendo la alegría del vivir junto a la acción purificadora del sufrir, ya que, anclada el alma en Dios, curará de sus dolencias, sanará toda ella entera. Hay que desgranar, pues, forzosamente, las sutilezas del “llanto” –donde el padre Grün más profundiza– para extraer praxis personal concreta, sin olvidar cómo la función analítica del autoconocimiento en la oración encuentra su prolongación en la función terapéutica; y estas funciones, simultánea o alternativamente, estarán presentes en la plegaria cotidiana.

El llanto puede significar e implicar pesar, arrepentimiento y reposo, como también paz, gozo y alegría, pues niebla o rocío aparecen al bajar uno al fondo de sus sombras (en un guiño espiritual a la tarea en otro nivel del psicoanálisis), sombras tanto más densas y amargas cuanto más se ahonda en la propia intimidad para encontrar allí las huellas del Creador, el rastro de sus pisadas, el gozo de su misericordia, el encanto de su amor. Resuena entonces un “*oh felix culpa*” personal como un eco singular de aquel himno inolvidable... Reviven la paz y la alegría del alma a través de ese perdón que convierte mis miserias en feliz resurrección: conocerme para descubrir mis lacras y, tras ellas, encon-

trar por fin a Dios. Y éste es el objeto de la tercera parte del libro: amor y bondad infinitos curando cuantas heridas encontrara el Señor al buscarme, devolviéndome la salud que por mis pecados perdiera, y dándome fortaleza para seguir su llamada, llegando así, por su gracia, hasta poder ser yo ya aquí “uno” con Él por amor.

Merece la pena luchar para descubrir tesoro tan envidiable: no hay que olvidar nunca la batalla exigida por la ascesis cristiana. Con esto concluye el padre Grün. Ascesis y oración se implican recíprocamente, ya que sin ascesis la oración se queda en palabrería hueca y, sin oración, todo esfuerzo humano no pasa de vano intento. Por lo tanto, siguiendo la fórmula de la piedad popular, “a Dios rogando y con el mazo dando”.

Los trabajos del padre Grün y cooperadores parten de la base de la oración, componente vertical entre Dios y el alma. Siguen la componente horizontal, “Cristo en el hermano”, y otros puntales firmes a “revivir” en futuras publicaciones. Esta traducción entraña un reencuentro histórico a 20 años de distancia con el texto original del trabajo con el que el padre Grün empezó su gran acción. Seguirán otros “reencuentros”, con él y con sus colaboradores, en otros tantos títulos insertos en una serie que se inicia con este libro y que, al titu-

larse “Renovación”, confía reanudar y ser un eco más de la que con aquella acción hace tantos años comenzó.

Si estas líneas rezuman algo así como “urgencia” o “presión” es, por un lado, ante la resonancia que esta obra obtuvo: se sueña con nostalgia en el fruto análogo al que en otras tierras tuvo. Por otro lado, al iniciar este librito una serie que pretende “enlazar” algunos temas de la vida espiritual, y siendo la oración el primero y más fundamental de todos, se comprende el recalcar aquí una vez más que –sin olvidarse del “mazo”–, por encima del dónde y del cómo, lo más importante y trascendental es el orar, y orar siempre, ya que orando aprenderemos a orar. Orar para creer y gozar, para aprender a sufrir, para lograr madurar y para saber convivir y, así, poder caminar irradiando paz y luz, siempre exhalando el perfume de un alma afincada en Dios.

Valga revivir aquí el sentido que siempre tuvo una vieja y prodigada receta, actualizándolo en un mensaje urgente y personal para el creyente sincero: “Todos son los llamados a concebir así la oración, a entender así la vida. Todos son los llamados. Pocos los escogidos. Pero tú puedes ser uno de éstos... ¡si te empeñas!”.

Julio-Miguel García Llovera